

LA ESCRITURA DE LA LENGUA GRIEGA DESDE SUS PRIMEROS TESTIMONIOS HASTA LA DIFUSIÓN DEL LIBRO IMPRESO¹

HILARIO BAUTISTA RUIZ

Universidad de Málaga

hilariobautista@hotmail.com

Resumen

En este artículo realizamos un breve repaso al origen y antecedentes del sistema alfabético griego, para centrarnos a continuación en las características formales que presenta la escritura griega en cada una de sus etapas, comenzando por sus primeros testimonios en el siglo IV a.C. y acabando en el siglo XVI.

Palabras clave

Alfabeto griego, escritura griega, paleografía griega.

1. Presentación

La simple pretensión de ofrecer un repaso exhaustivo a la historia del alfabeto griego desde sus orígenes y precedentes más inmediatos, allá por los inicios del primer milenio a. C., hasta las distintas formas de escritura bajo las que se presenta en los siglos XV y XVI, una vez inventada ya la imprenta (mediados del s. XV), resulta de por sí una tarea que sobrepasa a todas luces el marco en que se mueve este trabajo.

Nuestro objetivo, partiendo de dicha premisa, consistirá en presentar un esquema claro de las distintas fases por las que pasó la escritura en lengua griega. Arrancaremos para ello desde las fuentes orientales pictográficas y silábicas que dieron origen al alfabeto griego para pasar a con-

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de la Universidad de Málaga FFI 2009-12353, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

tinuación a los testimonios más antiguos conservados en los que se utiliza ese nuevo conjunto de letras; una vez asentado su uso, analizaremos su evolución a lo largo del tiempo, con especial atención a las distintas escrituras mayúsculas y minúsculas (la difusión de estas últimas no tuvo lugar hasta el siglo IX d. C.).

2. Los primeros sistemas de escritura. Antecedentes del alfabeto griego

La difusión de un sistema de escritura alfabético supuso una enorme revolución cultural para el ser humano, pues le dotó de un instrumento práctico con el que poder dejar constancia escrita de las cosas, expresar sus ideas y comunicarse con sus congéneres de una forma mucho más sencilla de lo que lo venía haciendo hasta ese momento.

Sin embargo, hasta llegar a la escritura alfabética nos encontramos con otros sistemas de comunicación escrita utilizados por el hombre desde finales del IV milenio a. C. A aquellos de mayor difusión y trascendencia dedicaremos unas breves palabras en los siguientes párrafos.

Así, nos encontramos en primer lugar con los jeroglíficos, inventados por los egipcios, y el sistema cuneiforme, de amplio uso en Mesopotamia (sumerios, acadios o hititas lo utilizaron). En ambos casos, una serie de ideogramas y pictogramas —en algunas escrituras cuneiformes estos llegaron a rondar los 2000— representaban objetos y palabras, no realidades fonéticas.

Si avanzamos un poco más en el tiempo (primera mitad del segundo milenio a. C.), vemos ya una fase más evolucionada, en la que se emplea un sistema silábico: determinados signos representan ya no ideas sino realidades fonéticas, en este caso sílabas. De esta manera, nos encontramos silabarios como el proto-semítico, antecedente directo del fenicio, o los denominados *Lineal A*, aún sin descifrar en su totalidad, y *Lineal B*².

² La importancia de la documentación escrita hallada en Creta desde principios del siglo XX es enorme. Así, en las excavaciones que se iniciaron bajo la batuta de Sir Arthur Evans se hallaron restos de tres tipos de escritura. En orden cronológico son los siguientes: en primer lugar, vemos restos de una escritura pictográfica similar a la jeroglífica de los egipcios; a continuación tenemos otra, denominada *Lineal A*, vinculada a la época minoica (ss. XVIII-XV), ciertamente evolucionada y con forma de silabario, aún sin descifrar (cf. *Disco de Festos*, en L. Bonfante, J. Chadwick & otros, *Leyendo el pasado. Antiguas escrituras del cuneiforme al alfabeto*, Akal Grandes Temas, Madrid, 2003, 213-217); y por último, la llamada *Lineal B*, también silábica y enclavada en el mundo micénico (ss. XIV-XIII), a la que pertenecen los primeros testimonios escritos descifrados en lengua griega. Cf. R. S.

El silabario cretense *Lineal A* es la lengua en que estaban escritos los distintos registros de la administración de los palacios minoicos (aprox. 1700-1450 a. C.), aunque tampoco debemos dejar de pensar en cierta motivación religiosa en su empleo³. Un número significativo de sus signos (más de sesenta) fue tomado de la tradición cultural antiguo-europea, y a ellos se les añadieron otros, autóctonos cretenses, hasta completar un silabario difícil de analizar e interpretar. El misterio que ha rodeado a la cultura y la lengua jeroglífica y silábica cretenses ha ido poco a poco despejándose, sobre todo gracias al desciframiento del *Lineal B*, pero sigue siendo una asignatura pendiente para historiadores y lingüistas.

Este silabario, el *Lineal A*, fue en efecto el único sistema de escritura al que tuvieron acceso los micénicos cuando establecieron sus centros de poder tras la caída del mundo minoico. A partir de ahí, la relación entre ambos sistemas silábicos parece evidente: el *Lineal B* es el resultado de la adaptación de los signos cretenses a la lengua griega micénica (como demuestran las numerosas coincidencias gráficas entre ambos sistemas — más de cincuenta—), pero enriquecido posteriormente con elementos helénicos hasta adquirir su identidad propia.

El *Lineal B*, pues, documentado entre los años 1450 y 1250 a. C. tanto en Creta como en suelo continental griego (Tebas, Tirinto o Micenas), puede considerarse el sistema lingüístico descifrado más antiguo en lengua griega.

Las tablillas que han transmitido esta lengua, la inmensa mayoría de ellas de contenido administrativo y en forma de listados, suponen, según estamos viendo, el primer paso conducente hacia la lengua griega que habría de aflorar unos quinientos años más tarde en su vertiente literaria y que alcanzaría fama inmortal de inmediato gracias a sus composiciones épicas.

Con todo, debe quedar bien claro que este *Lineal B*⁴ sigue siendo un silabario formado por unos noventa signos y que se ve completado por ideogramas y otros signos auxiliares. Nos encontramos aún, pues, en una

Stroud, «El arte de escribir en la Grecia Antigua», en W. Sennner (coord.), *Los orígenes de la escritura*, Siglo XXI Editores, México, (1ª edic. española, 1992, págs. 99-113).

³ Cf. H. Haarmann, *Historia universal de la escritura*, Gredos Manuales, Madrid, (edic. española, 2001), págs. 86 ss.

⁴ En A. Bernabé & E. Luján, *Introducción al griego micénico. Gramática, selección de textos y glosario*, Ediciones del Departamento de Ciencias de la Antigüedad, Monografías de Filología Griega 18, Zaragoza, 2006, contamos con un completo manual sobre el griego micénico, que incluye un estudio previo exhaustivo, una gramática completa, el compendio de los silabogramas, ideogramas y demás signos empleados, además de una amplia selección de textos sacados de las tablillas en *Lineal B*.

fase anterior a la de la escritura alfabética, etapa que constituirá aquí el objeto principal de nuestro análisis.

En efecto, la creación de un sistema alfabético, o lo que es lo mismo, de un conjunto reducido de signos que permite un empleo relativamente sencillo y con ello una comunicación más fluida que los incómodos y casi inabarcables sistemas anteriores pictográficos o silábicos, requiere su tiempo. Así, por ejemplo, los primeros alfabetos conocidos constaban únicamente de consonantes, tal como puede apreciarse en el *silabario o escritura de Biblos* (inic. II milenio a. C.), aún por descifrar en su totalidad, y que es sin duda uno de los testimonios fenicios más antiguos conservados, a caballo todavía entre el sistema silábico y el alfabético-consonántico.

Fueron los fenicios, junto a otros pueblos de la zona sirio-palestina, quienes desarrollaron por primera vez un embrión de lo que podríamos llamar *sistema de escritura alfabético* allá por la primera mitad del segundo milenio a. C.⁵; de ello poseemos varios testimonios escritos, entre los que destaca el denominado *fragmento de Abdo*, datado en los siglos XVII-XVI a. C., como el más antiguo de todos⁶. A partir de ahí, la tradición ha querido que el alfabeto fenicio sea el primero conocido en su totalidad, pero de ningún modo podemos olvidar la existencia de sistemas gráficos paralelos en su entorno geográfico; con todo, hablamos de él como el germen del resto de alfabetos.

En cuanto a los orígenes de ese primer sistema alfabético consonántico fenicio, la hipótesis más aceptada es que no podemos mirar a una única dirección ni mucho menos pensar en una creación *ex nihilo*⁷. La zona en que se desarrolló, Oriente Próximo, era ya un área propicia para el comercio y los intercambios culturales y por esa vía penetraban los sistemas gráficos usados en otras partes del mundo conocido.

En efecto, las primeras escrituras consonánticas tomaron elementos procedentes de varios sistemas de escritura: el cuneiforme, el jeroglífico egipcio y los silabarios (el minoico *Lineal A* y el micénico *Lineal B*), aparte de ciertos signos gráficos procedentes de otros alfabetos semíticos, como la llamada *escritura del Sinaí*, de desarrollo contemporáneo. Fruto de todo ello es un producto único, que prescinde por primera vez de ideogramas y que

⁵ Cf. H. Haarmann, *op. cit.*, págs. 287 ss.

⁶ Junto a este, otros fragmentos a considerar son la *inscripción de Sapatba'al*, perteneciente a los siglos XVI-XV, la *espátula de Asdrúbal*, posiblemente del siglo XIV, o la *inscripción en el sarcófago del rey Ahiram*, no anterior al siglo XIII a. C. Ya fuera de territorio fenicio, tenemos la *estela de Meša*, fechada en el año 842 a. C., escrita en una lengua, la moabita, muy cercana al fenicio.

⁷ I. J. Gelb, *Historia de la escritura*. Alianza Universidad, Madrid, (1ª edic. española, 1985), págs. 217 ss.

ofrece como principal novedad una brutal disminución del número de caracteres.

3. El alfabeto griego. Primeros testimonios

En nuestro recorrido por el mundo griego nos habíamos quedado en la época de dominio de los palacios micénicos, que utilizaban su escritura silábica *Lineal B* esencialmente con fines de contabilidad y registro. Pues bien, ese mundo micénico llegará a su fin aproximadamente en el año 1200 a. C., tal como lo había hecho con anterioridad el período minoico en torno al 1380 (fecha tomada por ser la de la destrucción del palacio cretense de Cnosos).

Ocurre entonces que a partir de ese siglo XII el mundo griego da un giro radical, coincidiendo con la invasión de los dorios, pueblo eminentemente guerrero y con nula dedicación a cualquier forma de expresión artística, incluida la práctica de la escritura. Así las cosas, posiblemente por no haber sobrepasado el ámbito de influencia más allá de la vida palaciega, desaparece de suelo heleno todo rastro escrito hasta que, casi de improviso, nos topamos a mediados del siglo VII a. C. con un alto número de testimonios de un floreciente y asentado sistema alfabético griego. Los próximos párrafos intentarán trazar las líneas generales del proceso mediante el cual los griegos adquirieron ese alfabeto, inmersos como estaban en plena «Edad Oscura».

A la luz de los múltiples estudios realizados⁸ parece evidente que los orígenes del alfabeto griego se hallan en ese alfabeto consonántico fenicio de tan variadas influencias que mencionamos unos párrafos atrás. En este sentido, las propias fuentes griegas suelen referirse a los fenicios como los creadores o, en todo caso, transmisores primeros de las letras entre los griegos⁹.

⁸ Cf. A. Bourguignon, «Les origines de l' alphabet grec: status quaestionis», *Les Études Classiques*, 78 (2010) 97-133. Este artículo de reciente aparición ofrece un completo repaso a las investigaciones sobre el origen del alfabeto griego realizadas en las dos últimas décadas, en las que se intenta dar respuesta a los puntos más controvertidos que han rodeado la cuestión: el verdadero modelo del que surgió el alfabeto griego, el lugar exacto y la época en que sucedió este hecho (con la discusión sobre los llamados «siglos oscuros» de fondo), la motivación (comercial, administrativa o literaria) que llevó al pueblo heleno a adoptar este sistema de escritura, los grupos sociales que tuvieron acceso a él, las aportaciones reales de los griegos sobre el modelo utilizado o, por fin, la autoría única o colectiva del alfabeto griego.

⁹ Así, Heródoto (Hist. V, 58 & 59) llama *letras fenicias* (φοινικία γράμματα) o *cadmeas* (Καδμήια γράμματα) a las letras griegas. Otros autores clásicos, como Platón (*Fedro*, 274d-

Empecemos por situar cronológicamente la cuestión. Así, podemos afirmar que ya a mediados del siglo VIII a. C. el empleo del sistema alfabético se había consolidado, yendo más allá de sus posibles primeros motivos comerciales¹⁰. Algo más de un siglo antes de esa fecha, sin embargo, ha sido datada una inscripción hallada en Creta¹¹, cerca de Cnosos, escrita de derecha a izquierda en un alfabeto griego muy cercano al alfabeto fenicio. Esta escritura cretense, así pues, puede ser considerada la primera escritura griega alfabética por delante del famoso *vaso del Dipilón de Atenas* (datado en el 720 a. C.) o de la *inscripción rupestre de Tera* (s. VII a. C.), escrita en bustrófedon, es decir, combinando líneas de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

Por otro lado, todos estos testimonios regionales que irán apareciendo hasta aproximadamente el siglo V a. C. muestran diferencias significativas entre sí, señal inequívoca de la etapa decisiva que estamos viviendo: la adaptación del alfabeto fenicio al griego, que aparecerá consolidado y bajo su forma definitiva ya en plena época clásica¹².

275b), Tácito (*Anales*, XI 14) o Diodoro Sículo (*Biblioteca Histórica*, III, 67.1) señalan del mismo modo a Egipto como origen de la escritura.

¹⁰ El profesor Cavallo habla en un artículo relativamente reciente (Cf. G. Cavallo, «La alfabetización en Grecia y Roma», en A. Castillo Gómez, (coord.), *Historia de la cultura escrita. Del próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Ediciones Trea, Gijón, 2002, págs. 69-112, pág. 73) de los usos de la escritura en Grecia hasta el siglo VI a.C.; así, reconoce un empleo epigráfico público y privado del mismo modo que la labor de fijar y conservar los textos de alta cultura. Véase también J. Signes Codoñer, *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*, Akal Ediciones, Madrid, 2004, págs. 42-65; «Nuevas perspectivas en el estudio de los orígenes de la escritura en la Grecia Arcaica (Siglos IX-VIII a. C.)», en G. Carrasco Serrano & J. C. Oliva Mompeán (coord.), *El Mediterráneo antiguo: lenguas y escrituras*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2010, págs. 247-314, págs. 254 ss.; F. R. Adrados, *Historia de la lengua griega*, Gredos, Madrid, 1999, págs. 67 ss.

¹¹ La isla de Creta, debido a su situación geográfica, fue siempre un punto clave para el intercambio cultural entre los distintos pueblos que la utilizaron con fines comerciales. Así, fue allí donde se conoció por primera vez el alfabeto de los fenicios y desde donde este, seguramente, viajó a suelo continental griego. Además de ese sistema alfabético de escritura, los cretenses adoptaron la dirección de ésta, de derecha a izquierda, propia de las lenguas semíticas y que se mantuvo hasta el siglo V a. C. (en el continente, por su parte, ya desde el siglo VII comenzó a escribirse tal como hacemos hoy, de izquierda a derecha). Cf. H. Haarmann, *op. cit.*, págs. 303 ss.

¹² En concreto, fue en Atenas en el año 403 a. C. cuando se produjo su normalización para facilitar de esta manera las tareas administrativas; a partir de entonces serían 24 las letras de lo que hoy conocemos como el alfabeto griego clásico. Pese a este intento, la norma no fue seguida a rajatabla en todas las regiones griegas y durante algún tiempo siguieron

Dentro de ese proceso, sin duda alguna, la gran aportación del alfabeto griego fue la consignación de las vocales, hecho que lo convirtió en un instrumento con unas posibilidades infinitas para la comunicación y potenció su posterior influencia en los sistemas de escritura de otros pueblos, entre ellos el latino. Estas vocales, ha de ser reseñado, aparecen ya directamente en las primeras variantes alfabéticas regionales señaladas, muestra de la necesidad que los griegos apreciaron de adaptar a su lengua un sistema, el fenicio, carente de sonidos vocálicos definidos.

Así pues, el alfabeto griego quedó configurado con sus 24 caracteres de la siguiente forma: once letras fueron tomadas directamente del alfabeto fenicio (en griego β, γ, δ, ζ, κ, λ, μ, ν, π, ρ, τ); por otro lado, se crearon las cinco vocales breves (α, ε, ι, ο, υ) —ocupando el lugar de las semiconsonantes fenicias— y se añadieron con posterioridad las grafías de las vocales largas (η, ω); otras tres letras (θ, σ, ξ), por su parte, tienen su origen en transferencias de signos fenicios a sonidos griegos; ya por último, se introdujeron tres signos (φ, χ, ψ) que no existían en el alfabeto fenicio¹³.

A partir de ahí, la lengua y el alfabeto griegos comenzaron un camino imparable que propició el desarrollo cultural más importante conocido hasta la fecha en Occidente. Además, el sistema alfabético griego, ya plenamente asentado, se extendió en cadena a otros pueblos de Italia, Asia Menor, Egipto y, en el siglo IX d. C., al mundo eslavo; estas culturas crearon sus propios alfabetos partiendo del griego: el latino, el copto, el cirílico, ... Un comentario especial en esta sucesión merece Roma, quien, tras recibir el sistema de escritura griego a través de sus vecinos etruscos, se encargó de adaptarlo hasta crear el suyo propio, el alfabeto latino, posteriormente difundido por multitud de países y continentes gracias al poderoso proceso de romanización que vivieron los territorios por ella conquistados.

4. La evolución de la escritura griega hasta la aparición de los primeros testimonios manuscritos

Desde el momento en que quedó normalizado, como vimos, el uso escrito de lo que hoy conocemos como alfabeto griego clásico a finales del siglo V a. C., son innumerables los testimonios que han llegado hasta nosotros. De igual manera, variados son también los soportes (epigráficos,

empleándose grafías alejadas del canon establecido. Cf. A. Gaur, A., *Historia de la escritura*, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, (traduc. española, 1990), págs. 139 ss.

¹³ Sobre la conformación del alfabeto griego a partir de su matriz fenicia, cf. L. Bonfante, J. Chadwick, & Otros, *op. cit.*, págs. 288-292. Cf. también A.-Marie Christin (dir.), *Histoire de l'écriture. De l'idéogramme au multimedia*, Flammarion, Paris, 2001, págs. 232 ss.

manuscritos, papiráceos,...) en que aquellos aparecen, así como las formas que presentan las letras griegas en cada uno de ellos.

De inicio, debe quedar claro que el alfabeto griego comenzó teniendo únicamente letras mayúsculas. Tanto es así que no es hasta el siglo VII d. C. cuando, en la lengua corriente o intercaladas entre mayúsculas cursivas en los papiros, nos encontramos con las grafías de las letras minúsculas. Algo más, concretamente hasta mediados del s. IX, deberemos esperar para verlas ya en los códices manuscritos.

En un intento por acotar nuestro campo de estudio una vez llegados a este punto, hemos optado por pasar revista únicamente a los tipos de letra que aparecen en los códices griegos, siendo plenamente conscientes del enorme sesgo que aplicamos a nuestro trabajo. Es más, incluso después de haber delimitado nuestras miras a este campo concreto, nos veremos obligados de nuevo a simplificar nuestra presentación, rehuyendo profundizar en muchas cuestiones, algunas de ellas aún sometidas a debate, propias de la materia: dataciones, identificación de manos o individuación de escrituras.

Así pues, nuestro objetivo será presentar, acompañados de sus características paleográficas más significativas, los tipos de escritura manuscrita griega, identificados como tales, más importantes, tanto en mayúscula como en minúscula, hasta la llegada de la imprenta a mediados del siglo XV. Con ello esperamos ofrecer una visión general lo suficientemente esclarecedora sobre el tema, dejando abiertas las puertas en todo momento a futuros estudios más exhaustivos y, sobre todo, buscando la complicidad y curiosidad del lector sobre estas cuestiones, no todo lo presentes que quizás debieran en los estudios sobre filología griega realizados en nuestro país.

Así las cosas, puesto que no existen códices conservados que puedan ser fechados antes del siglo IV d. C., debemos hacer siquiera una mínima alusión a los datos que poseemos sobre la escritura griega durante todos esos largos siglos que arrancan en la época clásica ateniense. En ese sentido, las principales fuentes son la epigráfica, por un lado, y la papirácea, que es la que más nos interesa por su cercanía a la tradición manuscrita, por otro.

En cuanto a las fuentes epigráficas, de enorme importancia desde el punto de vista sociológico o lingüístico, su propia condición heterogénea dificulta sobremanera un estudio de conjunto. En lo que respecta a la información que aportan al estudio de la evolución de la caligrafía del griego, nos quedamos con la rigidez y uniformidad que caracterizan este tipo de textos, cuyas letras rara vez sobresalen de la caja de escritura preestablecida en cada contexto; tal es el caso de los textos en lápidas y estatuas o

el de los decretos oficiales, cuya tipología se verá reflejada en la escritura documental y libraria. A un lado debemos dejar, por último, los grafitis y demás inscripciones de origen privado, cuyas formas pueden ser, en consecuencia, de lo más variopinto.

La cuestión de la escritura en los papiros griegos, por su parte, ha sido recientemente tratada por G. Cavallo¹⁴, en una obra que ofrece un amplio análisis sobre la cuestión acompañado del correspondiente repertorio de imágenes. Así, sabemos que no existen testimonios papiáceos datados hasta la segunda mitad del siglo IV y los inicios del siglo III a. C.¹⁵ En esos primeros documentos se aprecia una escritura que anticipa algunas, no muchas, características propias de la escritura posterior, con ciertos atisbos ya de inclinación hacia la derecha y un *ductus* o forma de trazar las letras algo más veloz que en la escritura epigráfica.

En lo que respecta a los papiros literarios, por su parte, el *P. Berlin. 9875* (fin. IV a. C.), que contiene el texto de *Los Persas*, obra dramática de Timoteo de Mileto (447-357 ca.), está considerado el testimonio papirologógico literario griego más antiguo conservado, además de un fiel espejo de la escritura propia de las inscripciones de la época. Junto a él tampoco podemos olvidar el *P. Derveni*, de contenido órfico, que debió ser escrito en torno al 340-320 a. C., o el *P. G. 1 Bibl. Nac. Viena*, que contiene la llamada «imprecación de Artemisa».

La conclusión general que alcanzamos a extraer de estos primeros testimonios es que aún no podemos hablar de escrituras tipificadas (en todo caso, de *estilo de las inscripciones* o *modelos epigráficos*, según apunta Canart)¹⁶.

Conforme avanzan los siglos, sin embargo, la escritura libraria va adquiriendo formas propias, ciertamente diferentes a las de la escritura documental y, sobre todo, alejadas de los rígidos modelos epigráficos que hasta el momento casi había reproducido. Así, en los últimos siglos antes de Cristo pueden observarse distintas caligrafías que superan ya la uniformidad anterior; de esta manera, algunos escribas utilizan grafías redondas u ovals —casi inexistentes hasta la fecha—, así como contrastes entre las formas y el espesor de las letras (pudiéndose distinguir entre letras largas y estrechas) o incluso ornamentos como los ápices, de uso muy extendido en la época y elemento que otorga una seña de identidad propia al texto rico en ellos.

¹⁴ Cf. G. Cavallo, *La scrittura greca e latina dei papiri. Una introduzione*, Fabrizio Serra Editore, Pisa-Roma, 2008.

¹⁵ En concreto, el papiro griego datado más antiguo conservado es el *P. Eleph. 1*, del año 310 a. C.

¹⁶ Cf. P. Canart, *Lezioni di paleografia e di codicologia greca*, Città del Vaticano, 1980, pág. 9.

Podemos hablar incluso, en los siglos I a. C. y I d. C., de la existencia de un estilo relativamente bien definido, denominado *epsilon theta*¹⁷, marcado por la ligadura de estas dos letras o el empleo de ápices, aunque no muy marcados. Una vez desaparecido este estilo, los primeros tres siglos de nuestra era muestran escrituras difícilmente reducibles a una tipificación, siendo un elemento muy extendido la presencia, ya comentada, de numerosos ápices así como de unas letras que tienden a presentar un aspecto redondo.

Antes de desembarcar en el terreno de las mayúsculas presentes en los códices manuscritos a partir del siglo IV d. C., simplemente nos queda por reseñar la llamada *mayúscula baquilídea*¹⁸, posible anticipo de la posterior *ojival* y sin duda la escritura más típica de esta época (s. II-III d. C.). Entre sus características destacamos el contraste entre letras anchas y estrechas, una escritura vertical o ligeramente inclinada a la derecha, una *ómicron* muy pequeña y suspendida, o la ausencia total de ápices ornamentales.

5. El griego en la tradición manuscrita. La escritura mayúscula y sus tipos más extendidos

De esta forma llegamos por fin al análisis de la mayúscula de la tradición manuscrita griega, en la que suelen distinguirse hasta cinco tipos distintos¹⁹: bíblica, redonda o romana, copta o alejandrina, ojival o eslava y litúrgica. De cada una de ella, al igual que ofreceremos con las escrituras en minúscula, haremos un breve comentario de sus características más relevantes, remitiendo al lector al testimonio o testimonios manuscritos donde el canon en cuestión puede contemplarse en plenitud.

5.1. Mayúscula redonda o uncial romana²⁰

Se trata de una escritura redonda, caligráfica y refinada, propia de libros de lujo, en la que destacan, junto a la ausencia casi total de *claroscuro* o contraste en el grosor de los trazos, la *psi* y la *my* como las únicas letras que se salen de un perfecto sistema lineal de escritura, además de una *épsi-*

¹⁷ Cf. *P. Oxy.* XXXI 2545, del siglo I a. C., que conserva textos del cómico Aristófanes.

¹⁸ Cf. *P. Brit. Mus.* 733, que contiene los epinicios de Baquilídes, de donde toma su nombre.

¹⁹ Cf. P. Canart, *Lezioni di paleografia*, págs. 13 ss. y A. Bravo García, «La Paleografía griega hoy», en A. Martínez Díez, *Actualización científica en Filología Griega*, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1984, págs. 1-64, en págs. 4-13.

²⁰ Cf. *Ms. Bodl. Gr. Clas. A.1*, de mediados del siglo II d. C., más conocido como el «Homero de Hawara».

lon semicircular a imagen de la sigma. Ejemplos de esta escritura están documentados desde mediados del siglo I d. C. hasta finales del II e inicios del III d. C.

5.2. *Mayúscula bíblica*²¹

Claramente vinculada al triunfo definitivo del cristianismo, este tipo de letra fue la más utilizada desde mediados del siglo III d. C., época en que se sistematizó, hasta la primera mitad del s. VI, siendo su etapa de mayor esplendor el siglo IV, con la proliferación de códices de la Biblia. No obstante, encontramos sus primeros rastros ya a finales del s. II d. C. e incluso hay manuscritos que la contienen en las primeras décadas del s. IX. En esta etapa final se aprecian variantes, ligadas tanto a ambientes geográficos y culturales distintos (Egipto, Siria, Constantinopla, Europa Occidental,...) como a la progresiva evolución del canon (sobre todo, una mayor presencia de ornamentos y elementos decorativos).

Se trata de una escritura cuadrada, muy sobria y de aspecto simplista, con formas rígidas, casi epigráficas, sin ornamentos y sin claroscuro. De su sistema bilineal apenas se salen algunas letras, como la *phi*, la *rho* o la *psi*. Destacan la *alfa*, con su primer trazo vertical recostado que casi impide ver el trazo horizontal intermedio, o la *omega*, de formas mucho más redondas que las demás letras.

5.3. *Mayúscula alejandrina o uncial copta*²²

Llamada así respectivamente por G. Cavallo, que la vincula con el ambiente alejandrino, y por J. Irigoin, que resalta su aparición en manuscritos greco-coptos, esta escritura, de la que encontramos sus primeros testimonios en algunos papiros de los siglos II-III d. C., quedó sistematizada en época más tardía (en torno al V-VI d. C.) y pervivió hasta el s. X, siendo especialmente usada en Egipto; una vez difundida la escritura minúscula, sirvió de mayúscula distintiva en títulos o escolios.

²¹ Cf. *Vat. Gr. 1209, Londinensis Addit. 43725* o el papiro *Vindob. G. 29816 b*. Esta escritura fue estudiada en profundidad por el profesor Cavallo (cf. G. Cavallo, *Ricerche sulla maiuscola biblica*, Studi e Testi di Papirologia, Florencia, 1967). Es a partir de esa obra cuando se extendió la denominación de *mayúsculas* para estas letras frente a los términos *capital* (usado por E.G. Turner) o el aún más frecuente *uncial*, comúnmente empleado por otros estudiosos como J. Irigoin o N.G. Wilson. El investigador italiano perseguía, entre otras cosas, evitar la confusión con la terminología empleada en paleografía latina.

²² Cf. *Vat. Gr. 2125*.

En cuanto a sus rasgos más significativos, destaca por su verticalidad y por la presencia generalizada de trazos redondeados (cf. *alfa, my, ypsilon*), destacando unas enormes *phi, psi* y *omega*. Otras letras, por el contrario, aparecen casi cerradas, como la *ómicron, épsilon* o *sigma*. Profundizando en su análisis, suelen distinguirse dos subtipos, uno *sin contraste* (todas las letras se inscriben en un módulo cuadrado) y otro *con contraste* (gran diferencia entre unas letras ovales y otras más alargadas). Del mismo modo, se han analizado las diferencias entre los manuscritos griegos y los greco-coptos, habiéndose señalado sobre todo una mayor presencia del tipo *con contraste* en los primeros.

5.4. *Mayúscula ojival o eslava*²³

Con orígenes en escrituras presentes en papiros a caballo entre el s. II y el III d. C., este tipo de letra, ligeramente inclinada a la derecha, tuvo su momento de máxima perfección en torno al siglo V. A partir de ese momento, va convirtiéndose en una escritura cada vez más artificial²⁴, si bien desde el s. VII una variante suya carente de su característica inclinación (posiblemente por influencia de la mayúscula bíblica), llamada *ojival derecha*²⁵, consigue gran difusión hasta el punto de permanecer en uso, de forma paralela a su matriz inclinada, hasta los primeros años del segundo milenio después de Cristo.

Este canon presenta letras con formas largas (*my, ny, pi, phi, omega*) frente a otras ovoidales que a menudo sobresalen de su caja de escritura, tanto hacia arriba como hacia abajo (vid. *rho, phi, ji, ypsilon*) y en las que podemos ver ya muchos ápices ornamentales, especialmente adornando las terminaciones de la *tau*, tanto más numerosos cuanto más tardío sea el documento y más lejos se encuentre de la original escritura inclinada.

5.5. *Mayúscula litúrgica*²⁶

Este último canon surge en los siglos VII-VIII directamente a partir de la mayúscula bíblica (la *omega*, por ejemplo, es exactamente la misma), en una época en la que esta comenzaba a entrar en un desuso paulatino, pero

²³ Cf. *Vat. Gr.* 2066.

²⁴ En los siglos VIII y IX se han individuado varios subtipos tardíos de mayúscula ojival, atendiendo sobre todo a razones geográficas: sirio-palestino (cf. *Vat. Gr.* 2200), occidental (cf. *Vat. Gr.* 2627 & *Vat. Gr.* 2059) o constantinopolitano (cf. *Paris. Gr.* 510).

²⁵ Cf. E. Crisci, «La maiuscola ogivale diritta. Origine, tipologie, dislocación», *Scrittura e civiltà*, 9 (1985) 103-145.

²⁶ Cf. *Barb. Gr.* 336 & *Vat. Gr.* 355.

también con influencias de la mayúscula ojival derecha. Por todo ello debemos esperar al siglo X para verla perfectamente constituida.

Se trata, pues, de una escritura artificial que alterna letras redondas en módulo cuadrado (*ny, ómicron, sigma*) frente a otras insertas claramente en un módulo rectangular (*rho, eta, dseta*). Su uso litúrgico le imprime un tono solemne e hierático, en consonancia con su creación como respuesta al deseo de mantener las formas tradicionales que comenzaban a escasear.

Una vez analizados los cinco tipos de escritura mayúscula tipificados, debemos trazar siquiera de manera sucinta la evolución sufrida por estos cánones hasta la imposición final de la letra minúscula, incluso su coexistencia con esta a partir del siglo IX d. C.²⁷

Fue precisamente en esa época cuando desaparece la *mayúscula bíblica*, sin duda uno de los cánones más exitosos. Como hemos comentado, su sucesora, la *litúrgica*, se encargó de ocupar su lugar en los códices bíblico-litúrgicos que siguieron escribiéndose a partir de ese momento. Por su lado, las dos variantes de la *mayúscula ojival* (inclinada y derecha), también lograron sobrevivir al nacimiento de la minúscula, siendo utilizadas en puntos geográficos alejados entre sí como Constantinopla, el sur de Italia, Palestina o Asia Menor.

Con todo, sin duda fue la *mayúscula alejandrina* la que más tiempo perduró, asumiendo el principal rol destinado a la escritura mayúscula a partir del siglo IX: el de letra distintiva, principalmente en títulos o escolios dentro de unos códices escritos ya en minúscula, como aquellos en *Perlschrift* del siglo X de los que más adelante nos ocuparemos. Por último, fueron tipificados otros dos tipos de *mayúsculas distintivas*²⁸: la *epigráfica*, parecida a la letra de las inscripciones griegas tardías, y la *constantinopolitana*, claramente influida por la mayúscula bíblica.

Así pues, como estamos diciendo, a partir del siglo IX asistimos al nacimiento y posterior imposición de la escritura minúscula, que acabará presentándose bajo múltiples formas, muchas de ellas tipificadas. A estas cuestiones dedicaremos esta última parte de nuestro trabajo.

²⁷ Cf. G. Cavallo, «Funzione e struttura della maiuscola greca tra i secoli VIII-XI», en *La paléographie grecque et byzantine*, Éditions du CNRS, París, 1977, págs. 95-137.

²⁸ Cf. G. Hunger., «Minuskel und Auszeichnungsschriften im 10.-12 Jahrhundert», en *La paléographie grecque et byzantine*, Éditions du CNRS, París, 1977, págs. 201-220.

6. La escritura minúscula. Orígenes, popularización y escrituras tipificadas²⁹

Existe un consenso general a la hora de afirmar que la letra griega minúscula procede de la escritura mayúscula cursiva de los papiros documentales griegos tardíos. A partir de ahí, el profesor Cavallo añadió la idea, por lo común también aceptada, de la minúscula como una mezcla de la escritura cursiva latina y la mayúscula griega documental de las cancellerías en época tardía (siglo IV d. C. en adelante).

Desde ese momento, pues, fueron tomando forma las equivalentes minúsculas de las veinticuatro letras mayúsculas del alfabeto griego en un proceso que, sin duda, no fue flor de un día. De hecho, no es sino en el siglo VII cuando advertimos por primera vez la presencia de minúsculas griegas aisladas dentro de manuscritos en mayúscula³⁰. Con todo, deberemos esperar un par de siglos más para encontrarnos el código griego datado más antiguo escrito en minúscula, el famoso *Evangelio Uspensky* (*Ms. Leninopolit. Gr. 219*), del año 835.

A partir de ahí, la nueva grafía se extendió de un modo gradual hasta llegar a imponerse por completo. Se trataba, eso sí, de un «invento» para cultos al que no todos tenían acceso, pero que cumplía con varias premisas claves para su éxito: ofrecía la posibilidad de ser escrita con mayor rapidez al adaptarse mejor a la tendencia natural de la escritura y, sobre todo, provocaba ahorro de espacio y, consecuentemente, de material escriptorio, al ocupar mucho menos espacio que la mayúscula. Pero sin duda alguna el hecho que otorgó a la minúscula el espaldarazo definitivo fue el proceso de transliteración (*μεταχαρακτηρισμός*), por el cual una gran selección de códigos en mayúscula fue pasada a minúscula, acontecimiento por otra parte decisivo en la historia de la transmisión textual griega.

Así las cosas, con la difusión de la minúscula nos encontramos con una gran variedad de escrituras, por supuesto no todas ellas tipificadas. En las siguientes páginas realizaremos un conciso recorrido por las más extendidas, significativas y marcadas. Seguiremos para ello las líneas generales

²⁹ Cf. P. Canart, *Lezioni di paleografia*, 19 ss., donde se presentan de manera sintética las principales características formales de la nueva escritura minúscula griega, además de realizar un breve recorrido histórico por sus orígenes y testimonios manuscritos, añadiendo por último las distintas propuestas de periodización de sus escrituras más comúnmente admitidas.

³⁰ Cf. *Vat. Gr. 2061*.

marcadas en la clasificación temporal propuesta por E. Follieri³¹ y seguida, entre otros, por A. Bravo García³².

6.1. Minúsculas desde el siglo IX hasta el año 915

Encontramos en esta primera etapa unas letras de trazado rígido, ligeramente inclinadas a la izquierda y con escasa presencia de mayúsculas intercaladas entre las minúsculas, señal de la imposición efectiva de la nueva grafía. Suelen distinguirse aquí seis escrituras bien tipificadas.

En primer lugar tenemos la *minúscula redonda* o *tipo Nicolás*³³, llamada así por su copista, Nicolás Estudita, autor del antes citado *Evangelio Us-pensky*. Se trata de una escritura en módulo pequeño o medio, ligeramente inclinada a la izquierda y con presencia de algunas ligaduras (*alfa + tau + vocal*; *alfa + vocal*; *épsilon + ny*). Como rasgo característico de su época, mantiene la casi total ausencia de mayúsculas, con la excepción de los títulos.

Otra escritura tipificada es la denominada *minúscula oblonga, estudita* o *tipo Eustacio*³⁴, de módulo más grande que la *redonda*, también inclinada a la izquierda, y con una *ny* de trazo angular muy característica. Recibe sus nombres por ser típica del monasterio constantinopolitano de Estudios (si bien no fue únicamente usada allí) o a partir de Eustacio, uno de los copistas que mejor la utilizó.

Un tercer tipo, derivado del anterior, es la minúscula llamada *tipo Anastasio*³⁵, localizada en algunos manuscritos, casi todos procedentes de la Italia meridional, y que situamos entre los siglos IX y X. Se trata de una exageración en sus caracteres del *tipo Eustacio* sin demasiados rasgos propios con la excepción, quizás, de unas *beta*, *kappa*, *my* y *ny* insertas en la estrechez de unos marcados trazos paralelos.

Muy bien reconocible aparece, por su parte, la minúscula *tipo colección filosófica*³⁶, presente en un grupo de manuscritos con dicho contenido temático³⁷. En ella distinguimos unos signos diacríticos alargados que no vemos en otros códices, aunque su principal característica es la presencia de una especie de ápices terminales en algunas letras (*kappa*, *tau*, *pi* o *my*), que

³¹ Cf. E. Follieri, E., «La minuscola libraria dei secoli IX e X», *La paléographie grecque et byzantine*, Éditions du CNRS, Paris, 1977, págs. 139-165.

³² Cf. A. Bravo García, *loc. cit.*

³³ Cf. *Leninopolit. Gr. 219, Vat. Gr. 2079 u Ottob. Gr. 86.*

³⁴ Cf. *Meteora Metamorphosis 591, Mosquensis 184 & 117, Vat. Gr. 503, 1660 & 1669.*

³⁵ Cf. *Paris. Gr. 1470, 1476 & 1990 u Ottob. Gr. 85.*

³⁶ Cf. L. Perria, «Scrittura e ornamentazione nei codici della collezione filosofica», *Rivista di studi bizantini e neoellenici*, 28 (1991) 45-111.

³⁷ Cf. *Marc. Gr. 246, Vat. Gr. 2197 o Vat. Gr. 2249.*

anticipan en cierta manera el posteriormente —siglo X— muy extendido tipo *Bouletée*.

Letra de módulo pequeño y con cierta inclinación a la derecha, al contrario que sus coetáneas, es el quinto tipo de estas primeras escrituras minúsculas, llamado precisamente *tipo cursivizante*³⁸ a partir de tal rasgo distintivo.

Por fin, como sexto y último tipo de este primer grupo debemos mencionar la *minúscula cuadrada*³⁹, letra caligráfica y relativamente elegante que presenta un notable equilibrio entre su altura y su anchura. Recibe su denominación del trazo inferior cuadrado perfectamente visible en algunas letras (*my*, *ny*, *kappa*, *alfa* o *ypsilon*).

6.2. Minúsculas del siglo X

Algo posteriores en el tiempo, un segundo grupo de escrituras cubre el siglo X casi en su totalidad, mostrándose más evolucionadas que las precedentes y con mayor presencia de letras mayúsculas. En cuanto a su aspecto formal, observamos desde unas escrituras reposadas y caligráficas tipo *Bouletée* o *Perlschrift* hasta otras cursivas y rápidas (*Baanes* o *Efrén*).

En efecto, la escritura *Bouletée* (llamada así —«con bolitas»—, por J. Irigoin⁴⁰)⁴¹, propia de manuscritos de lujo, destaca en líneas generales por su verticalidad, la ausencia de claroscuro, la amplitud del interlineado empleado y su caja cuadrada de escritura. Muestra además unas astas no demasiado pronunciadas en letras como la *my*, la *ny* o la *phi*, y resulta especialmente llamativa por los ápices o bolitas presentes en las aristas de sus trazos, de las que recibe su nombre.

Igualmente simétrica y estilizada, de eje vertical y con formas agradables que resultan bastante legibles, tenemos la *minúscula Perlschrift* o *perlada*⁴², cuyos primeros testimonios remontan a finales del siglo X. La mayoría de sus formas son angulares, con escasos trazos rectos, destacando en ella sus pequeños acentos graves y agudos, en contraste con los alargados circunflejos, la presencia repetida de iotas adscritas o, ya entre las grafías, una *omega* formada por la unión de dos *ómicron* engarzadas, una *pi* igual a

³⁸ Cf. *Vat. Gr. 99* o *Vindob. Phil. Gr. 314* (año 925).

³⁹ Cf. *Paris. Gr. 2951*, *Urb. Gr. 35* o *Palat. Gr. 220 & 75*.

⁴⁰ Cf. J. Irigoin, «Une écriture du Xe siècle: la minuscule bouletée», en *La paléographie Grecque et Byzantine*, Éditions du CNRS, París, 1977, págs. 191-199.

⁴¹ Cf. *Ottob. Gr. 14*, *Urb. Gr. 15* o *Matrit. 4595 & 4596*.

⁴² Cf. *Vat. Gr. 2155* (año 981) o *Palat. Gr. 318*.

dicha *omega* pero con un trazo horizontal encima, o una *alfa* formada a partir de una *ómicron* más un trazo vertical adjunto.

Completamente opuestas a estas dos escrituras observamos en este siglo otras mucho más rápidas, de aspecto menos cuidado y ricas en ligaduras, lo que las convierte en mucho menos legibles que las anteriores.

Entre ellas destacamos dos bien tipificadas. Por un lado, el *tipo Baanes*⁴³ (nombre de un copista que trabajó para Aretas, discípulo del patriarca Focio), caracterizado por ser una escritura rápida así como poco reposada y seria, y reconocible por el larguísimo primer trazo de la *my*, visiblemente inclinado a la izquierda, o la bolita tipo *Bouletée* que remata muchas de sus letras, como la *rho* o la *tau*. Por otro lado, por fin, tenemos la minúscula *tipo Efrén*⁴⁴, bastante parecida a la anterior, considerada por muchos como la predecesora de la antes vista *Perlschrift*. Destacamos de ella la presencia de *iotas* adscritas o la creación de una ligadura, la de la *pi* con su letra siguiente, que gozó de gran éxito en las décadas posteriores.

6.3. Minúsculas ítalo-griegas

Suele considerarse como un grupo de escrituras independiente el formado por aquellas que, a partir del siglo X, localizamos en los manuscritos hallados en la Italia meridional. Hacemos, pues, un inciso en la tradicional clasificación cronológica de las escrituras griegas al unir bajo un mismo epígrafe este importante, variado y extenso en el tiempo grupo de testimonios.

Así, dentro de estas escrituras no podemos dejar de mencionar algunas bien tipificadas y estudiadas. Entre ellas se encuentra la minúscula de la llamada *escuela niliana*⁴⁵ (a partir de su copista, Nilo de Rossano, fundador de la abadía de Grottaferrata), tipo que situamos entre los siglos X y XI. Escrita en módulo pequeño-medio, presenta una grafía redonda y vertical, con frecuentes y características abreviaciones de letras y escasas formas mayúsculas, con la excepción de la *lambda*, la *kappa* o la *pi*.

Junto a este tipo tampoco debe dejar de mencionarse la escritura *en as de picas*⁴⁶, usada durante aproximadamente un siglo, desde mediados del X hasta mediados del XI. Se trata de una mezcla de formas reposadas y otras más cursivas, que presenta algunas minúsculas bien marcadas con las características propias de este estilo junto a otras grafías más arcaizantes. Su

⁴³ Cf. *Barb. Gr.* 542.

⁴⁴ Cf. *Vat. Gr.* 124 o *Urb. Gr.* 130.

⁴⁵ Cf. *Ottob. Gr.* 251.

⁴⁶ Cf. *Vat. Gr.* 1553.

principal rasgo distintivo es la ligadura de *epsilon* y *rho*, cuya imagen se asemeja al as de picas de la baraja. También podemos encontrar alguna *ny* en posición final escrita en mayúscula o su también típica ligadura de *epsilon* y *ji*, con la primera de ellas arrancando del trazo superior derecho de la segunda.

Grupo generalmente individuado dentro de este ámbito itálico son, por último, los manuscritos de la Tierra de Otranto⁴⁷ (en todo caso, posteriores al siglo XII), en los que se aprecia un estilo rectangular y aplastado, con letras alargadas y de forma geométrica como la *my*, la *pi* y la *rho*. En épocas posteriores otra de sus marcas será el empleo del color bermellón en algunas letras, propio del lujo y barroquismo que impregnan estos códices.

Tampoco podemos dejar de señalar, antes de acabar este apartado, los manuscritos tirrenos, los lombardos, los procedentes de Campania o de Reggio en Sicilia, muchos de ellos con evidentes características comunes que denotan su origen itálico y al mismo tiempo con marcas propias que aquí, por motivos de espacio, no nos detendremos a tratar.

6.4. Minúsculas a partir del siglo XI

Frente a la general tendencia caligráfica en la escritura minúscula del griego hasta esta fecha, conforme se acerca el final del siglo XI asistimos a una evolución en busca de una menor perfección gráfica y con predominio progresivo de las formas cursivas. Así, las manos individuales de eruditos acabarán por imponerse, cada una de ellas con sus características propias y con la consecuente dificultad a la hora de enmarcarlas dentro de grupos mayores, tal como podía ocurrir con aquellas de los siglos precedentes. Podemos hablar, eso sí, de tendencias más o menos generales en cada época, incluso de algunos estilos ciertamente individuados.

De esta manera, dentro de los estilos más destacados de estas últimas centurias pre-imprenta, empezaremos por hablar del llamado *Fettaugens-til*⁴⁸, muy de moda desde finales del siglo XIII pero que, sin embargo, no se extendió demasiado en el tiempo. Su marca inequívoca es un exagerado contraste de módulos —ya presente por otra parte, si bien de forma esporádica, en la escritura griega por influencia de la primitiva cursiva latina cancellorca—, marcado por unas *omicron*, *sigma* y *epsilon* mucho mayores y más redondas que las demás letras. La impresión general de la página, con estas figuras redondas, le sugirió a H. Hunger el curioso nombre de la letra: «ojos de grasa que nadan en una sopa”.

⁴⁷ Cf. *Vat. Gr. 1221* (año 1154) o *Palat. Gr. 45* (año 1201).

⁴⁸ Cf. *Vat. Gr. 191*.

Fuertemente relacionado con este estilo y con algunas de sus características, hallamos también el llamado *estilo Metoquita*⁴⁹ desde mediados del siglo XIV hasta las primeras décadas del siglo XV. Tiene su origen en ciertos copistas de la cancillería del siglo XIV, que importan su estilo a la escritura libraria fundiendo así ambos ámbitos.

6.5. La minúscula chipriota

En el afán por individuar escrituras, algunos estudios paleográficos buscaron, desde los inicios de la minúscula griega, encontrar distinciones evidentes entre los manuscritos copiados en la capital del Imperio, Constantinopla, y aquellos otros provinciales. Fruto de estos trabajos fue la reducción a grupo independiente de los códices ítalo-griegos, de los que ya hablamos con anterioridad. En ese mismo sentido debemos mencionar aquí también los manuscritos chipriotas⁵⁰, con sus características propias y bien definidas por los estudiosos⁵¹, como el llamado *estilo epsilon* o la posterior *chipriota bouclée*.

Así, suelen distinguirse varias etapas en la evolución paleográfica de estos códices. La primera de ellas (med. XI-med. XII), sin excesivas características propias respecto de los capitolinos, y con preponderancia del *tipo Perlschrift* completado con algunos bastoncillos del estilo *Bouletée* o *colección filosófica*; si acaso el empleo de ciertos colores, una tinta muy negra y ornamentos distintos de los usados en Constantinopla los desmarcarían de aquellos.

Será a lo largo del siglo siguiente (med. XII-med. XIII), cuando florezca el estilo chipriota más característico, el *estilo épsilon*, con sus variantes *cuadrada*⁵² y *redondeada*⁵³; la primera de ellas destaca sobre todo por las pseudoligaduras que forman la *épsilon* mayúscula con la *pi*, la *ny* o la *rho*, siendo su aspecto general algo descuidado, con trazos gruesos y diferencias notales en el módulo de las letras. La variante *redondeada*, por su parte, estudiada en un grupo de manuscritos llamado «familia 2400»⁵⁴, muestra

⁴⁹ Cf. *Vat. Gr. 2205*.

⁵⁰ Cf. A. Bravo García *loc. cit.*, págs. 41-44.

⁵¹ Cf. P. Canart, «Un style d'écriture livresque dans les manuscrits chipriotes du XIV^e siècle: la chypriote bouclée», en *La paléographie grecque et byzantine*, Éditions du CNRS, París, 1977, págs. 303-321, y J. Darrouzès, *Littérature et histoire des textes Byzantins*, Londres, 1972.

⁵² Cf. *Ms. Hierosol. S. Resurrect. 9*.

⁵³ Cf. *Benaki 34,3* o *Escorial. R II 12*.

⁵⁴ Durante algún tiempo esta variante se llamó *tipo Karahissar* debido a la procedencia de uno de los códices de esta familia.

un módulo pequeño de las letras dentro de una escritura rápida y viva, ligeramente cursiva y con aquellas mismas pseudoligaduras ya comentadas, si bien la impresión general es la de una escritura mucho más evolucionada y menos provincial o marcada que la variante cuadrada.

6.6. *Los manuscritos de los siglos XIII- XVI*

Tal como comentamos un par de apartados más atrás, desde el siglo XII en adelante no proliferan en exceso tipos de escrituras bien definidos como vino ocurriendo hasta entonces. Por el contrario, predomina la imitación de modelos anteriores o, en todo caso, la presencia de manos particulares con rasgos más o menos compartidos con uno o varios de los tipos más extendidos. Es por ello que en este último apartado nos limitaremos a realizar un rápido repaso a estas últimas centurias anteriores a la invención de la imprenta, aportando simplemente sus rasgos más generales así como los nombres de los copistas y estudiosos⁵⁵ más relevantes.

Una primera parada en nuestro análisis la constituirá el estudio de la producción manuscrita durante la ocupación latina de Constantinopla⁵⁶. En ella se aprecia una marcada diferencia entre los códices de contenido religioso y los profanos: así, mientras los primeros, generalmente lujosos, muestran escrituras que imitan aquellas de los siglos X y XI, los códices profanos⁵⁷ presentan un estilo general mucho más conservador, aun sin el afán de imitar escrituras tipificadas. De hecho, algunas de las marcas de este siglo XIII son la abundante presencia de mayúsculas (cosa que no ocurría en las antiguas escrituras minúsculas) o, en el caso concreto de los manuscritos menos lujosos, un cierto descuido en el aspecto general del códice, especialmente visible en los espíritus y acentos.

Por su parte, ya en los años finales del siglo XIII y el siglo XIV⁵⁸ se impone una tendencia general cursivizante, con reducción del espacio entre líneas o frecuentes ligaduras y abreviaciones de letras, dejando así de lado en cierta forma el gusto estético y el afán de legibilidad del manuscrito. Por lo demás, señalamos como dato más relevante la aparición de un estilo, localizado en Constantinopla y Tesalónica, llamado *beta-gamma*⁵⁹, con características tomadas de la *Fettaugenstil*, que destaca por la presencia de

⁵⁵ Cf. L. D. Reynolds & N. G. Wilson, *Copistas y filólogos*, Gredos, Madrid, 1986, págs. 97-105.

⁵⁶ Cf. G. Prato, «La produzione libraria in area greco-orientale nel periodo del regno latino di Costantinopoli (1204-1261)», *Scrittura e civiltà*, 5 (1981) 105-147.

⁵⁷ Cf. *Ms. Bodl. Clark 8*.

⁵⁸ Cf. P. Canart, *Lezioni di paleografia*, págs. 35 ss.

⁵⁹ Cf. *Vat. Gr. 1899* (año 1261-62).

muchas letras empequeñecidas frente a otras, como la *beta* o la *gamma*, de mayor tamaño.

Con todo, seguiremos encontrándonos en estas décadas con las ya mencionadas imitaciones arcaizantes, con códices escritos en *Fettaugenstil*⁶⁰ —estilo que vuelve a ponerse de moda—, así como con escrituras influidas por las usadas en las cancillerías contemporáneas o con aquellas otras particulares de eruditos de la época como Máximo Planudes, Demetrio Triclinio o Teodoro Metoquita. Representan estas últimas el claro contrapunto a la tendencia general de la época, un esfuerzo por recuperar la legibilidad y el buen aspecto general del manuscrito⁶¹, al aumentar los espacios libres o mostrar, entre otros rasgos, menos abreviaciones o un menor contraste en el tamaño de las letras.

Por último, en los siglos XV y XVI-inicios del XVII (fecha de la consolidación del libro impreso), con la caída de Constantinopla y sus centros de copia de manuscritos, muchos copistas y eruditos emigraron a Occidente, especialmente a Italia. Una vez allí siguieron con su labor copista, proporcionando un notable auge a la cultura en la zona, pero la cuestión es que cada uno emplea su propio estilo de escritura, por lo que el resultado es un panorama individual y disperso, para nada comparable a aquellas escrituras bien catalogadas e individuadas de siglos precedentes. Es por tanto este el momento de hablar de manos individuales, por lo general con puntos en común pero cada una de ellas con sus inevitables características propias.

En un notable esfuerzo por catalogar las escrituras de estos siglos, D. Halfinger⁶² ha distinguido dos grandes grupos: la escritura tradicional o conservadora y la humanística o innovadora⁶³. Dentro del primero, podemos citar la conservación del estilo de Tierra de Otranto⁶⁴, la aparición de ciertos manuscritos en *Fettaugenstil*⁶⁵, la imitación de escrituras arcaizantes como la del célebre filólogo Demetrio Triclinio (nat. 1280 ca.)⁶⁶, o la escri-

⁶⁰ Cf. *Vat. Gr. 191* (año 1296 ca.).

⁶¹ Cf. *Vat. Gr. 101 & 165*.

⁶² Cf. D. Halfinger, «Zu griechischen Kopisten und Schriftstilen des 15. und 16. Jahrhunderts», en *La paléographie grecque et byzantine*, Éditions du CNRS, París, 1977, págs. 326-362

⁶³ Otros investigadores, como P. Canart, estudian esta época atendiendo a una división geográfica; cf. P. Canart, *Lezioni di paleografia*, págs. 42-45.

⁶⁴ Entre sus copistas destacan Jorge Ruffano, Jorge Micculo de Solento y Joaquín de Casola (siglo XV) o Jacobo Bautista Ritzos de Solento (s. XVI).

⁶⁵ Citamos a Estéfano de Midia, en el s. XV, y a Constantino Mesovotis, ya en el XVI.

⁶⁶ Manuel Calecas, Isidoro de Kiev, Jorge Dociano, Teodoro Gaza, Constantino Láscaris o Nicolás Cocolo fueron algunos de los copistas que imitaron, entre los siglos XV y XVI, el estilo de Triclinio.

tura del claustro τῶν Ὁδηγῶν, de la que ya tenemos indicios durante el siglo XIV⁶⁷ y que llegó a convertirse en el modelo caligráfico de todo el Imperio tras la conquista turca en 1453. Destaca esta última por ser muy tradicional, litúrgica y arcaizante; no pretende innovar, tiene clara pretensión de legibilidad y destaca por el contraste entre letras grandes y pequeñas, las ligaduras de la *delta* más *epsilon* o *iota*, una enorme *dseta* casi cerrada en forma de corazón inclinado o una escritura de la *beta* que imita aquella de la *epsilon-rho* del estilo *as de picas*.

En lo que respecta al segundo grupo, por último, el de la escritura humanística, debemos entenderlo en su contexto particular, el de una amalgama variada de estudiosos, cada uno con sus particularidades gráficas y por ello difícilmente clasificables bajo un mismo epígrafe. Con todo, se suele hablar de una prolongación generalizada de los trazos o astas de las letras, sean los superiores o los inferiores, de cierta tendencia a formas cursivas, de unas letras insertas en un módulo más bien grande o de la preponderancia de formas barrocas ya en el siglo XVI⁶⁸.

7. Conclusión

Como puede apreciarse, estos últimos grupos de escrituras de los que hemos hablado conviven ya con la época de la invención de la imprenta, a mediados del siglo XV. En efecto, en cuanto comenzó a popularizarse el libro impreso a finales de esa misma centuria, se produjo un curioso fenómeno que actuó en dos direcciones: de un lado, la imprenta, que necesitaba de copistas reputados por su caligrafía para obtener las necesarias plantillas de letras griegas, recurrió a ellos y, por otro, las personas comenzaron a imitar paulatinamente las grafías presentes en los libros estampados. Así pues, podríamos hablar de las primeras letras griegas usadas en la imprenta como de otras escrituras humanistas más.

Sin embargo, no alargaremos la cuestión en este punto y pondremos aquí el punto y final a nuestro recorrido, que empezó por las escrituras

⁶⁷ Cf. *Vat. Chis. R V 29*, (año 1354). Copistas que escribieron en este estilo fueron, por ejemplo, Juan Plusiadenos, Jorge Crysococes, Juan Roso, Pedro Crético o Jorge Tzangarópulo.

⁶⁸ Así, Halfinger habla en su estudio de algunos *estilos de humanistas* (cf. Juan Eugénico, Demetrio Sgurópulo, Andrónico Calisto, Demetrio Chalcondylis, Camilo Véneto o Ángel Vergecio), es decir, de la existencia de escrituras que son en cierta forma imitadas por otros humanistas o copistas; entre estos citaremos a Atanasio Chalceópulo, Juan Sofiano, Jorge Mosco, César Estratego o Andrés Darmario. Otros copistas, también famosos en la época, fueron Camilo Zanetti o Manuel Provataris, con su estilo inclinado, y Constantino Mesobotes, Valeriano Albini o Nicolás Choniates, representantes de la tendencia barroca.

pictográficas egipcias y cuneiformes del IV milenio a. C., y avanzó luego unos mil años hasta toparse con los sistemas silábicos *Lineal A* y *Lineal B*, ya directamente relacionados con la cultura griega y paso previo a la invención del sistema alfabético que revolucionó la escritura. En un siguiente estadio, hablamos del papel del pueblo fenicio como transmisor de dicho sistema al mundo griego, encargado de perfeccionarlo primero, mediante la adición de las vocales, y de difundirlo con posterioridad por todos los rincones del orbe conocido gracias a su incuestionable dominio cultural en el mundo occidental a mediados del primer milenio a. C.

Una vez asentado el alfabeto entre los griegos, por último, hicimos el repaso a la evolución de su escritura, únicamente mayúscula en sus inicios, analizando de un modo general las características más significativas de cada una de las formas bajo que las que ha llegado a nosotros. Para ello, comenzamos por sus primeros testimonios manuscritos allá por el siglo IV a. C. y acabamos aproximadamente unos dos mil años después (siglo XVI), época en que la difusión de los textos impresos había comenzado a imponerse de manera definitiva.